

# En la muerte de Karl Popper

“SOY UN VIEJO ILUSTRADO Y LIBERAL —y, desde luego prehegeliano”, dijo de sí mismo alguna vez Karl Popper, delineando los rasgos más notables de su propia posición filosófica. En efecto, en esa autodefinition se encuentran los fundamentos conceptuales sobre los que descansaron sus posiciones públicas más características: la apuesta radical por la democracia liberal moderna y la oposición abierta al marxismo.

Formado en la Viena de principios de siglo, Popper no dejó de evidenciar la influencia del fermento intelectual de aquellos años en la capital austriaca: la eclosión de la filosofía analítica y las elaboraciones ultraliberales de Mises y Hayek. De hecho, al igual que los analíticos —Moore, Russell y el primer Wittgenstein, entre otros— las preocupaciones epistemológicas de Popper también se orientaban hacia el uso del instrumento lógico para el análisis de las proposiciones científicas (y en particular, en su caso, de las de la ciencia social); pero, a diferencia de ellos, Popper delineó un “racionalismo crítico” en el que el nivel empírico no es un referente de primer orden dentro del proceso investigativo: para él el conocimiento empieza con problemas (en especial la contradicción entre



El filósofo británico de origen austriaco Karl Popper

nuestro estrecho saber y en nuestra inmensa ignorancia) y no con observaciones; y, a la vez, la validación de una hipótesis no se alcanza mediante su sustentación empírica sino mediante la crítica lógica. En esos términos, el conocimiento aparecerá como algo provisional, precario y siempre sujeto a la posibilidad de ser falseado mediante la refutación racional, evidenciándose así el escepticismo popperiano respecto de las verdades absolutas y definitivas y su consecuente desconfianza ante la metafísica. Como anotó en el curso de un célebre debate con Theodor Adorno sobre las ciencias sociales, “la presunción de poseer un saber tan desmesurado

sobre el mundo es lo falso... No sabemos nada y, en consecuencia, no tenemos más remedio que ser modestos; y porque somos modestos podemos ser optimistas”.

De manera que su rechazo del marxismo tenía raíces epistemológicas bien profundas y no era simplemente una “compulsión reaccionaria”, como la llamarían algunos. Cuando dijo de sí mismo que era un “ilustrado, liberal y prehegeliano”, estaba diciendo que era un racionalista moderno y escéptico que no podía aceptar las postulaciones totalizantes que hacía el materialismo histórico, como las de que la estructura económica era la “determinación en última instancia” de todos los fenómenos sociales y que la historia tenía un motor que la dotaba de racionalidad —la lucha de clases— y un fin hacia el que se encaminaba ineludiblemente —la sociedad sin clases y sin poder político—, fin que, además justificaba todo lo que se hiciera para tratar de acceder a él, así fuera el

ejercicio del totalitarismo más implacable (léase los regímenes del socialismo real).

De Popper, pues, se decantaría un escepticismo intelectual categórico pero no pesimista, desconfiado de las grandes verdades fundamentales e irrefutable pero entusiasta respecto del progreso relativo del conocimiento. Ahora bien, quizá tal postura, sumada a su racionalismo radical, lo llevó a asumir un conformismo claramente conservador en política: si el conocimiento de la sociedad que esgrimen las ciencias sociales está sujeto a constante falsación, entonces lo que tenemos ahora, lo realmente existente, adquiere un mayor peso (máxime cuando las sociologías que postulaban la transformación social, como la marxista, condujeron al autoritarismo). Y lo realmente existente en la sociedad occidental en la que él vivió son la economía de mercado y la democracia liberal con cuya defensa se comprometió tan a fondo. ●